



 Núria
Pradas *Apreciada*
señora Christie

DESTINO

Apreciada
señora
Christie

Núria
Pradas

Traducción de Manuel Pérez Subirana

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1674

Título original: *Benvolguda senyora Christie*

© Núria Pradas Andreu, 2025

© Columna edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U.

© por la traducción del catalán, Manuel Pérez Subirana, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

**LLLL institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: enero de 2025

ISBN: 978-84-233-6668-2

Depósito legal: B. 21.944-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



El plan

Recuerdo con una exactitud sobrecogedora el lamento de las tijeras al cortar el primer mechón de pelo.

Una brizna roja. Una pluma de sangre. Un pestañeo y el suelo quedó alfombrado de aquel tono rojizo que era mi orgullo.

Una vez terminada la obra, me miré al espejo, que me devolvió una imagen desconocida. Me había convertido en un joven, casi un niño, que me observaba con los ojos grandes y muy abiertos propios de una mirada desconcertada. Casi temerosa.

Los dos, él y yo, nos contemplamos durante un rato. En silencio. Y después me eché a reír. Primero fue solo una risa sorda que nacía en el vientre y hacía que mis hombros temblaran con espasmos incontenibles. Después, la risa tomó fuerza y se convirtió en sonido y lágrimas.

Al otro lado del espejo, el chiquillo me seguía mirando en medio de un silencio que ahora era de perplejidad, y yo me tuve que apoyar en el marco de la puerta para serenarme. Todavía quedaba mucho por hacer antes de que llegara Hub. Mucho por hacer.

Fui al trastero y revolví entre la ropa vieja que dormía allí olvidada. Estaba segura de que encontraría algo que sirviera a mis propósitos. Aquella habitación era una caja de sorpresas.

Enseguida apareció lo que buscaba. Un trajecito viejo de Hub de cuando era un muchachito flacucho. Incluso más flacucho que ahora. Era de lanita, de un color gris marengo. Pantalón, chaqueta y chaleco. No podría haber imaginado nada mejor. Desprendía un terrible olor a cerrado, pero no había tiempo de ventilarlo. La brisa marina se llevaría el perfume del tiempo.

Esparcidos por aquí y por allá, con el desorden que impone el olvido, había algunos sombreros. La mayoría eran de mujer. Estrafalarios sombreros llenos de plumas y flores marchitas. Debían de ser de Cora. ¡Pobre Cora! Seguí revolviendo hasta que encontré lo que estaba buscando. Una sencilla gorra con visera.

Corrí a la habitación para vestir al chiquillo del espejo. Mi nuevo yo.

Había estado pensando en ello toda la noche. No había parado de dar vueltas en la cama, incapaz de encadenar dos horas seguidas de sueño, prisionera de mis pensamientos y del calor sofocante de aquellas primeras noches de julio. Con cada vuelta que daba, un nuevo eslabón de mi plan se ponía en su sitio encajando con el que le precedía.

La mañana anterior había recibido una visita que me había hecho saltar todas las alarmas: la del inspector jefe del Metropolitan Service de Londres, Walter Dew. Su presencia era la señal de que las cosas no iban bien y de que la luna de miel que Hub y yo estábamos disfrutando desde hacía unos meses, lejos al fin de las salidas de tono de Cora, llegaba a su fin.

Cuando el inspector llamó a la puerta, yo estaba sola en la casa de Hub, en Hilldrop Crescent, donde me había instalado poco después de que Cora desapareciese el último día de enero de aquel mismo año.

No puedo negar que cuando Dew se identificó y me comunicó su voluntad de ver a Hub, el corazón me dio un triple salto mortal. Por suerte tengo bastante capacidad de improvisación ante los problemas y un gran dominio de mí misma. Estoy segura de que en mi rostro no se reflejó ningún estupor. Como siempre me decía Hub, si hubiese querido habría podido ser una gran actriz. Mucho mejor que Cora, que no era más que una patética artista de Music Hall enmascarada bajo el pomposo nombre de Belle Elmore.

Así pues, respiré, sonreí y, con toda amabilidad, invité al inspector a entrar en la casa y le ofrecí un té. Ante aquella hospitalidad, él dibujó una especie de sonrisa ausente que no me engañó lo más mínimo. Entró, con el sombrero entre las manos, pero no tomó asiento ni me aceptó el té.

Mientras él inspeccionaba la sala con mirada perspicaz, yo lo estudiaba en silencio, disimuladamente, como quien no quiere la cosa. El inspector Dew era, sin lugar a dudas, de ese tipo de personas que imponen con su presencia. Bajo pero robusto, vestía de forma elegante, con traje gris de rayas, camisa de cuello duro y bombín negro a pesar del calor.

Volvió a preguntarme por el dueño de la casa y, al decirle yo que en ese momento estaba en la consulta, se volvió a poner el sombrero, se despidió y se marchó.

Hub llegó media hora después. No lo hizo solo. El inspector jefe Walter Dew lo acompañaba.

Hub enseñó toda la casa al inspector. Se mostraba tranquilo y amable mientras abría y cerraba puertas esperando con paciencia a que el policía registrara cada habitación. Solo yo podía percibir el leve temblor de su

barbilla y cómo sus ojos buscaban los míos en una muda súplica de complicidad.

Tras el registro, llegó el interrogatorio. Les serví unos vasos de limonada en la sala de estar mientras Hub le relataba al policía la historia de la desaparición de su esposa Cora sin dejar de mirarle por encima de las gafas como si fuera una lechuza.

Sí, sí, ya le había contado los hechos a todo el que se había interesado por Cora, como debía de saber. Y, como era de imaginar, no le gustaba demasiado hablar del tema porque le dolía ir pregonando por ahí que su esposa era una mujer poco fiel. Aunque, para ser sinceros, todo el mundo lo sabía. Tampoco le negaría que él y yo, Ethel Le Neve, su secretaria desde hacía cinco años, éramos amantes. Eso no lo podía desmentir. Pero había que tener en cuenta que su matrimonio hacía agua desde mucho antes.

Dew seguía la narración de los hechos atentamente. Las cejas le bajaban juntas en una mueca que tanto podía ser de enojo como de incredulidad. La frente se le había llenado de arrugas. Hub prosiguió con su historia, ajeno a la actitud adusta del inspector.

El último amante de Cora era un americano, un tal Bruce Miller. Lo podía comprobar fácilmente porque medio Londres estaba al corriente de esa relación. Ella no se escondía; al contrario, presumía de ello. La noche del pasado 31 de enero, lo recordaba porque habían cenado en casa con unos amigos, Cora había huido con su amante hacia Nueva York. Lo había hecho sin despedirse de nadie, ni siquiera de él, que era su marido desde hacía más de diez años.

¿Que cómo sabía que había huido? Hombre, se había llevado sus cosas. Además, le había dicho muchas veces que lo haría. Y que si no lo hacía era por no ponerle las cosas fáciles ni a él ni a mí, su amante.

Llegados a este punto, yo bajé púdicamente la mirada mientras Hub seguía lamentándose del desgraciado matrimonio con Cora, que le había hecho la vida insostenible con sus aventuras y su carácter endiablado.

¡Había sufrido tanto en aquel desdichado matrimonio! Las advertencias de Cora de que iba a abandonarlo eran constantes, continuó contando Hub con gesto sombrío. Ante la menor discusión o el menor problema, ella amenazaba con irse. Le decía que no soportaba más aquella farsa de matrimonio. Pero él sabía que lo que más martirizaba a su mujer era otro tema. Porque, ¿sabe, señor inspector?, le interrogó Hub, como artista de Music Hall, Cora era una auténtica fracasada, y, además, los años le estaban cayendo encima a carretadas. Si se había ido a Nueva York con su nuevo amante era para huir de sus propias frustraciones y volver a empezar, no tenía ninguna duda, concluyó Hub.

Se quedó callado y, por unos segundos, un silencio sepulcral planeó sobre la sala. Hub y yo intercambiamos una mirada rápida. Temí que se derrumbara ante los penetrantes ojos del inspector Dew, que avanzaba la barbilla con ademán agresivo. Pero no lo hizo. En lugar de eso, dibujó una sonrisa y preguntó al inspector si deseaba algo más. El hombre se puso el sombrero y, mientras iba hacia la puerta, le conminó con voz dura a contactar con Cora como le fuera posible para confirmar su versión de los hechos y obtener una explicación plausible a aquella extraña ausencia que algunos de sus amigos habían denunciado.

Cuando Dew se fue, Hub me abrazó y me dijo que ya había pasado todo.

Yo sabía que no.

Y puse en marcha el plan.

Releo lo que acabo de escribir y me doy cuenta de que no he contado gran cosa. Tampoco es que haya sido demasiado clara. Yo no sé escribir. Además, ¿para qué sirve rememorar lo que sucedió hace casi cuarenta años? Quizá lo que me impulsa a hacerlo es el recuerdo de aquel rostro, el rostro de Hub, que se me desdibuja en la mente como si se sumergiese en aguas turbias. O tal vez, simplemente, el hecho de recordar sea una de las plácidas compensaciones de la edad. Aunque soy consciente de que nunca se puede regresar del todo a un lugar que solo existe en tu memoria; es imposible ver lo que sucedió con los mismos ojos. Los caminos por los que anduvimos ya nunca más podremos recorrerlos de nuevo.

Pese a todo, debo confesar que el deseo de escribir esta historia habita en mí desde hace mucho tiempo. Y es que, aunque los diarios de toda Inglaterra, y de medio mundo, difundieron a los cuatro vientos lo que se conoció como el terrible crimen del doctor Crippen, mi verdad, la verdad de Ethel Le Neve, quedó sepultada en medio de un afilado silencio. Tan profundamente sepultada como el cuerpo de Hub en su tumba.

Así, durante años, por las noches recordaba lo ocurrido desde la cama y pensaba en cómo daría forma a esta historia, la mía, cuando por fin la vertiera en una hoja de papel: qué orden seguiría, qué tono utilizaría. Si lo contaría como si le hubiera pasado a otro o serían unas memorias personales. Le daba vueltas al asunto hasta que caía vencida por el sueño. Llevo años pensando en ello. No en vano, las palabras son el vestido de los pensamientos.

Finalmente, hoy ha llegado el día y he empezado a escribir. No sé por qué ha ocurrido hoy y no ayer o

mañana. Ha ido así, e intuyo que no es necesario hacer preguntas. Las cosas pasan cuando deben pasar. He sentido la necesidad de hacerlo ahora, y con eso es suficiente.

Pero estoy cansada. Muy cansada. Los recuerdos pesan y, cuando los dejas volar libremente, se desquitan de todo el tiempo que los has mantenido relegados en la zona más recóndita de tu memoria.

Por hoy lo dejo.

La vieja librería de tía Penn

Dartmouth, Devon, junio de 1947

Emma bajó del tren de vapor que había tomado en Paignton y que la había llevado hasta Kingswear. Tras dejar en el suelo la voluminosa y pesada maleta, echó un vistazo alrededor. Sonrió ante la idea de que el mundo se estaba volviendo pequeño. Aquella estación era como de juguete comparada con la de Paddington, en Londres, donde había empezado su periplo hacía tantas horas que le parecía que, desde entonces, había envejecido visiblemente. En Newton Abbot, donde había tenido que cambiar de tren por primera vez, las dimensiones se habían vuelto humanas y asequibles, y al llegar a Paignton le pareció entrar en un cuento infantil donde todo se reducía para complacer al oyente. Claro que en ese momento todavía no había visto lo que veían ahora sus ojos: la minúscula estación de Kingswear.

Salió de la estación, con un único apeadero, y, tras volver a cargar con la maleta, empezó a seguir mecánicamente a los demás viajeros. Bastaron un par de minutos para llegar a un embarcadero, donde la gente que la precedía empezó a formar una fila ordenada.

Temerosa de no encontrarse en el lugar correcto

que debía llevarla al destino final, Emma le preguntó a la mujer que, cargada de cestos, esperaba delante de ella:

—¿Para ir a Dartmouth, señora?

La mujer se giró. Tenía el rostro sonrosado y parecía sofocada por el inesperado calor de aquellos primeros días de junio.

—Dentro de cinco minutos llegará el transbordador.

Emma le agradeció la información con una sonrisa, pero enseguida otra duda asomó a sus labios:

—Y, perdone que le moleste de nuevo..., ¿Dartmouth queda muy lejos?

Una risa franca se escapó de la boca de la mujer:

—Usted no es de por aquí, ¿verdad?

Y, con un movimiento de cabeza, le mostró lo que se extendía al otro lado del río, justo delante de ellas: un pueblo de casas coloreadas que sonreían alegres entre el verde de los bosques que las protegían y el de las aguas del río Dart, salpicado de barquitas.

Emma profirió un «Oh» redondo y rotundo. Y es que los seres humanos todavía no hemos sido capaces de inventar una palabra mejor para expresar la admiración que, ante la belleza, a menudo brota de nuestra alma.

Efectivamente, Dartmouth, como Kingswear, su fiel reflejo en el espejo del río, era un pueblo que parecía pintado a la acuarela.

En cuanto puso un pie en tierra firme, Emma sintió que venía a recibirla un aire nuevo, más puro, cargado con todas las fragancias del final de la primavera. Cerró los ojos para llenarse de aquella sensación pla-

centera y, después, con una sonrisa recién nacida, sin que ella se diera cuenta, se entregó a recorrer el largo paseo que discurría paralelo al río, sin hacer mucho caso del cosquilleo enojoso que sentía en el brazo adormilado bajo el peso de la maleta.

Sus ojos saltaban de un edificio a otro. Fachadas de vivos colores y ángulos redondeados; techos inclinados a dos aguas. Torres y torretas. Buhardillas. Y aquellos palacios que, de tan antiguos, debían soportar el peso de los años sobre columnas de granito mientras mostraban orgullosos los restos de su historia con los escudos heráldicos aún aferrados a las paredes.

Dartmouth le pareció una localidad preciosa. Un pueblo de casas en pie, en lugar de los lúgubres edificios en ruinas y los montones de escombros de Londres, donde todo estaba maltrecho. En especial, la gente.

Agotada por el largo viaje, por la incertidumbre y la emoción, y, ¿por qué no decirlo?, por el miedo, las dudas, y también por el peso de la maleta, Emma se sentó en uno de los bancos del paseo que miraban al río. Con un gesto fatigado se apartó los cabellos que se le habían escapado del moño y que, rebeldes, caían sobre su rostro. Abrió el bolso que llevaba en bandolera y sacó la carta. Tal vez fuera un gesto inútil, pues se sabía de memoria aquella corta misiva que, con fecha de septiembre de 1946 y sellada en Dartmouth, en el condado de Devon, le anunciaba que la señorita Penelope Brent, su tía Penn, había expirado y le había dejado en herencia todo lo que tenía: un negocio y la casa en la que vivía. Había momentos, como este, en que Emma aún dudaba de que todo aquello fuera real y necesitaba volver a leer la carta. Así pues, la abrió y sus ojos vivos, color de almendra, se posaron sobre las letras.

... puede venir a instalarse en The Blue House, que es como se conocen la casa y la tienda de la señorita Brent en Dartmouth, cuando quiera. Le hago llegar también un juego de llaves...

La chica rebuscó en el interior del bolso y sacó las llaves. Se las quedó mirando embobada. Volvió a la carta:

Instálese cómodamente y dese un tiempo para tomar decisiones. Después, viene a verme a la dirección que le adjunto en la carta y hablamos de todo.

Su tía sentía un gran cariño por usted, y siempre hacía las cosas con calma. Tómese también usted su tiempo.

Atentamente:

Hector Tucker
Abogado y notario

Emma levantó los ojos de la carta y dejó que su mirada vagase por las tranquilas aguas del Dart. Al otro lado del río, en Kingswear, el sol, jugueteón, le guiñaba un ojo entre las copas de los árboles.

«Su tía sentía un gran cariño por usted», se repitió mentalmente. Y no pudo contener una sonrisa triste mientras aquella añoranza turbadora que tan bien conocía le llegaba al corazón y lo agujereaba un poco más con su aguijón lacerante.

De su tía, Emma recordaba el pelo oscuro y rizado. Al parecer, este era un rasgo típico de la rama femenina de la familia. Ella lo tenía igual. Como su tía, también era pequeña y delgada. Pero aquí se terminaban las semejanzas. Penelope había sido poseedora de

unos ojos vivos y expresivos, así como de un delicado óvalo facial. Era una mujer muy hermosa. Tenía además una personalidad luminosa; se hacía notar allá donde iba, sobre todo por su deliciosa manera de conectar con la gente, sin esfuerzo aparente. Y también por la determinación que se intuía en aquella mirada segura y radiante.

Emma estaba convencida de que ella, en cambio, caminaba por el mundo como si quisiera pasar completamente desapercibida. Quizá porque la vida no le había puesto las cosas fáciles y la guerra había multiplicado las dificultades, entre las cuales discurría su existencia, lo que la convertía en una joven tan taciturna que parecía que llevase el invierno en el corazón. Y, sin embargo, aunque no fuera muy consciente de ello, bajo esa aparente aspereza se escondía una joven decidida que nunca se daba por vencida y que poseía unos firmes golpes de intuición que le habían permitido seguir adelante en las circunstancias adversas que le había tocado vivir.

Enredada en estos pensamientos, la joven exhaló un suspiro largo y angustioso mientras volvía a guardar la carta y las llaves en el bolso. No quería teñir de tristeza su llegada a Dartmouth. Pero pensar en su tía Penn la entristecía irremediablemente. Y en ese momento aún más, porque, a pesar de saber que era del todo imposible, puesto que su tía ya no se contaba entre los vivos, tenía un sentimiento cercano al de esas personas que están a punto de reencontrarse con un ser amado que no han visto en mucho tiempo pero que, sin embargo, siempre ha estado muy presente en sus vidas.

Amanda Marbury, la madre de Emma, había muerto cuando la niña tenía tres años. Para ella no era más que un nombre sin rostro. La hermana de la difunta, Pennelope, había aceptado entonces la invitación de su cuñado de irse a vivir con ellos y criar a la pequeña huérfana. Penn lo había considerado un deber que nacía del amor que había sentido hacia su hermana. Un amor que enseguida depositó en su sobrina. Le había hecho de madre. Había cuidado de ella. La crio, la arropó con mimo. La educó y la amó con generosidad. Consiguió que su infancia fuera feliz y que la carencia de la madre no la marcara para siempre. Pero esta idílica relación se truncó el día que, cuando Emma acababa de cumplir once años, Penn desapareció de su vida.

La niña no pudo entender aquel abandono, que consideró una traición. Hubo muchos llantos y continuas discusiones con su padre, un hombre poco dado a las demostraciones sentimentales que no supo, o no quiso, ofrecerle ninguna explicación razonable sobre la ausencia de Pennelope. Y, por mucho que la pequeña preguntara y exigiera saber qué había pasado, las respuestas siempre eran vagas: su tía tenía derecho a rehacer su vida, le decía a veces su padre. Y, en otras ocasiones, argumentaba que ahora que ella ya era lo bastante mayor podían salir adelante por sí solos y no era necesario seguir exigiéndole a Penn que continuase haciéndole de niñera.

Llegó un momento en que cesaron los llantos y las preguntas. Y quizá también la rabia. Y entonces, desde una aceptación dolorosa, Emma fue capaz de recordar nítidamente la imagen de la tía Penn de los últimos tiempos; la imagen de una mujer que empezaba a adentrarse en una madurez de silencios tristes, quizá

de recuerdos llenos de melancolía, por mucho que siempre acabara levantando el rostro y sonriendo.

Emma nunca supo las verdaderas razones de la marcha de su tía. Pero lo que más le dolió fue el silencio que siguió a su desaparición. En todos aquellos años no había recibido ni una sola carta de ella. ¡Ni una felicitación de Navidad, con lo mucho que a las dos les gustaba! Ni un regalo de cumpleaños.

¡Nada!

Solo un silencio desgarrador y la inexplicable sensación de que a partir de ese momento todo iría de mal en peor, como así fue.

Hay personas, pensó Emma levantándose del banco y volviendo a cargar la maleta, que son capaces de encender una chispa en el alma de los demás. Pero su desaparición provoca mucho más dolor que la felicidad que hemos sentido en su compañía. Un dolor insoportable. Sin tía Penn, la vida empezó a resultarle muy dolorosa. Y por eso se obligó a esconder su recuerdo en un lugar recóndito del corazón del que nunca pudiera escapar.

Emma se había pasado las largas horas del viaje de Londres a Dartmouth, de estación en estación, y de un tren a otro, jugando a adivinar qué tipo de negocio le habría dejado en herencia su tía Penn.

La mujer había sido una gran cocinera. A Emma todavía se le hacía la boca agua al recordar el sabor de sus púdines y pasteles. ¿Quizá su tía había montado una pastelería en aquel insospechado retiro en Devon? ¿O una lechería? ¿Un salón de té?

Claro que también era buena costurera. ¿Y si le esperaba una mercería? La idea le pareció estimulante,

pues Emma ya había trabajado en una en Londres, antes de la guerra, y sabría manejarse bien. Además, ¿qué pueblo que valiese la pena no tenía una mercería como Dios manda?

Pero, al llegar frente al número 8 de Foss Street, la joven casi pudo oír el estruendo de los castillos que había hecho en el aire al derrumbarse.

Nunca podría olvidar ese momento.

No, por muchos años que viviera nunca olvidaría el momento en que vio por primera vez The Blue House.

Delante de ella, que se había quedado clavada en el suelo y ni siquiera respiraba, se levantaba un edificio estrecho pintado de un intenso color azul añil, con una tienda abajo y una planta con vivienda encima. La tienda tenía un escaparate a la derecha que estaba vacío y lleno de polvo, a través del cual podía verse el interior. Al lado del escaparate, había una puerta de cristal con un marco tan azul como el resto del edificio y de la que colgaba el cartel de CERRADO.

La chica levantó los ojos. Pintado en la parte superior de la fachada, con letras rojas, pudo leer:

THE BLUE HOUSE
LIBRERÍA

Emma, con los ojos como platos y la respiración acelerada, dejó la maleta en el suelo, abrió la boca y exclamó:

—¡Oh, Dios mío!

Cuando, tras varios minutos peleándose con la cerradura oxidada que se resistía a ceder, Emma logró abrir

la puerta de la librería, recibió en plena cara la bofetada inclemente del aire enrarecido que se escapaba veloz del espacio que lo retenía. Entró con cuidado y dejó la puerta abierta detrás de ella para ventilar.

La luz de aquel día resplandeciente se colaba por el escaparate. Aún con el asombro pegado a la piel, la chica miró a su alrededor. El espacio de la tienda era pequeño, con todas las paredes cubiertas hasta el techo de viejas baldas de madera, repletas de libros, que reclamaban a gritos una mano de barniz. Se dio cuenta de que había un par de escaleras apoyadas en los estantes y pensó que debían de servir para poder llegar a los más altos. El suelo era de tarima de madera y estaba muy desgastado. Al pisarlo se quejaba perezoso como si lo hubieran despertado de un sueño placentero. Arrumbado en el escaparate había un expositor lleno de libros que también parecían dormir. Al fondo, una mesa de roble con cajones a ambos lados debía de haber servido de mostrador, ya que encima había una caja registradora gruesa y negra que se mantenía reluciente como si la acabaran de abrillantar y una lámpara con una anticuada pantalla de color verde que Emma se apresuró a encender. También vio un cuaderno desgastado por el uso que al hojearlo resultó ser un libro de caja. Los cajones de la mesa contenían una especie de archivos como los que se encuentran en las bibliotecas.

Al lado del mostrador, una cortinilla blanca ocultaba lo que la chica supuso que sería una trastienda. Descorrió la cortina y se adentró con cierta aprensión. Al instante, la invadió un remoto perfume de libros viejos y de todas las historias de tinta que escondían.

Por las rendijas de los postigos de una puerta se colaba una luz mortecina. Intentando no tropezar con

las sombras, Emma avanzó insegura hasta la puerta, que chirrió cuando la abrió y le mostró un minúsculo patio lleno de humedad que iluminó tenuemente la trastienda. Los objetos que allí descansaban fueron tomando forma ante los ojos de la chica: cajas apoyadas en las paredes que la observaban silenciosas, columnas de libros apilados en el suelo, una lámpara de pie, un sillón orejero y una mesita baja con un precioso samovar, una pieza de artesanía.

Emma encendió la luz y se sentó en el sillón. Entornó los ojos. Sin que la voluntad pudiera impedirlo, la imaginación le trajo la imagen de aquellas tardes invernales en Londres. Su tía le leía historias fantásticas mientras ella, sentada a sus pies, la escuchaba embelesada.

Por un momento le pareció que podía ver a tía Penn en aquella trastienda leyendo tranquilamente con una taza de té entre sus manos. Sonrió al imaginarla recorriendo con energía el espacio minúsculo de la librería; encaramándose a la escalera para alcanzar algún libro oculto en lo alto de una estantería. Pasando amorosa una mano por los lomos de los volúmenes.

Se le dibujó una sonrisa al comprender que esa librería había constituido el universo de la tía Penn.

Y que su alma todavía vagaba por allí.